
EDUCACION UNIVERSITARIA Y COMUNIDAD TERRESTRE: APROXIMACION AL PENSAMIENTO DE THOMAS BERRY

Katherine V. Masís Iverson

Thomas Berry se inserta en las corrientes actuales de la llamada «ecofilosofía» norteamericana. Se auto-denomina «geo-teólogo», pues estima necesario hacer una «teología de la tierra», que nos permita experimentar lo numinoso, es decir, lo intrínsecamente sagrado del planeta. Ello se logra cuando somos capaces de escuchar no sólo la voz de los humanos, sino la voz de la comunidad terrestre total.

A pesar de ser doctor en historia, y específicamente historiador de las culturas, prefiere pensar en función de eras geológicas en vez de épocas históricas humanas, por considerar que éstas son mezquinamente antropocéntricas e insuficientes para dar cuenta de las grandes transiciones planetarias. Y es que las macrofases terrestres son necesariamente geológicas: el período paleozoico vio el nacimiento de las formas primitivas de vida; el mesozoico fue la época de los dinosaurios. En nuestros tiempos, afirma Berry, nos encontramos al final de la era cenozoica y en los albores de la era «ecozoica». Como toda era geológica, se trata de vastas escalas de tiempo que van mucho más allá de nuestra experiencia temporal antropocéntrica: más allá del término de una vida humana individual, del lapso de una o varias generaciones humanas, o de un siglo cuya demarcación mediante calendarios fue inventada por humanos.

Igualmente, a pesar de haber sido ordenado como sacerdote católico pasionista en 1942, Berry se atreve a aconsejar (como lo hizo en la Conferencia para la Paz celebrada en San José, Costa Rica en 1989) que «coloquemos la Biblia en el estante durante veinte años hasta que aprendamos a leer la escritura del mundo que nos rodea» (Berry; 1989: 270).

El famoso ensayo del historiador Lynne White, Jr. titulado «Las raíces históricas de nuestra crisis ecológica» y publicado en 1967 —cuando recién comenzaba el movimiento ecologista mundial en sus formas más militantes— marcó un hito en el ecologismo actual (White; 1967: 1203-1207).

White consideró que el cristianismo tenía una gran cuota de culpa por los problemas ambientales de nuestra época. La perspectiva antropocéntrica de la tradición judeo-cristiana, la jerarquización de la naturaleza tan propia del pensamiento occidental y la

hubris humana por ocupar el puesto más alto en dicha jerarquía estaban en la raíz de las actitudes de control, manipulación y explotación de la naturaleza. El problema ecológico, sostenía White, es en el fondo un problema religioso.

Consciente de las fuertes críticas que algunos movimientos ecologistas le han dirigido al cristianismo y fuertemente influido por el pensamiento evolucionista de Pierre Teilhard de Chardin, Thomas Berry considera que el cristianismo puede proveer un marco adecuado —mas no el único— para generar una nueva cosmovisión que integre lo humano a los procesos terrestres.

Para generar una nueva cosmovisión, afirma Berry, es necesario reinventar lo humano. Debemos repensarnos en términos de especie. Hablamos y pensamos sobre nosotros mismos en función de naciones, o en función de «grupos étnicos, culturales, lingüísticos o económicos. Pocas veces nos consideramos una especie entre especies» (Berry; 1990: 21).

Urge esta reflexión, reflexión que en nuestra era debe ser necesariamente deliberada, pues hemos perdido la inmediatez de las percepciones intuitivas de los humanos de otras épocas. Sólo considerándonos como especie entre especies podremos sentirnos partícipes de la comunidad terrestre, compartida por todos los seres vivos y no vivos del planeta, cuyas voces hemos dejado de escuchar. Si se celebrara un consejo de todas las demás especies del planeta, probablemente votarían por expulsar a los humanos. A escala geológica, somos una especie que bien podría ser dispensable e incluso no viable. Esto no quiere decir que el futuro del planeta esté irremediadamente condenado a la expoliación. La tierra es un organismo que se auto-dirige en un universo que emerge continuamente. El advenimiento de la era ecozoica requiere la participación consciente y deliberada del componente humano de la comunidad terrestre, comunidad que cuenta con miembros tanto biológicos como geológicos. Lo humano forma parte del funcionamiento orgánico de la tierra en su totalidad y es el elemento que «activa las dimensiones más profundas del universo mismo, a saber, la capacidad del universo para reflexionar sobre sí mismo y celebrar su exis-

tencia mediante una auto-percatación consciente» (Berry; 1990: 132).

Antes, la tierra se controlaba a sí misma directamente. Ahora, en gran medida se controla a sí misma a través del componente humano de la comunidad terrestre.

A la vez que se reinventa lo humano, se hace necesario crear una nueva narración sobre los orígenes del universo. Nuestras narraciones reflejan nuestras creencias más profundas. Lamentablemente, no contamos con una narración apropiada para nuestra época. La secuencia azarosa de interacciones físicas y biológicas carentes de sentido inherente imposibilitan la determinación de valores: he aquí el relato científico mecanicista. Por otra parte, la tradición judeocristiana ha ofrecido una mística de la redención preocupada por una relación de salvación personal que tiene poco que ver con el mundo natural. Ambos relatos, afirma Berry, son igualmente disfuncionales y se prestan para la trivialización. Ni el relato científico mecanicista ni el judeo-cristiano han sido capaces de evocar la numinosidad del universo. «La narración del universo es la historia de la emergencia de un sistema galáctico en el cual cada nivel nuevo de expresión emerge a través de la urgencia de la auto-trascendencia» (Berry; 1990: 132).

Por ende, la nueva narración debe suscitar, a partir de la ciencia, la experiencia de lo numinoso en el mundo.

Para Berry, crear las condiciones propicias para experimentar dicha numinosidad es el mayor reto de la educación contemporánea. La educación formal en nuestra sociedad «cumple un papel similar al de los ritos de iniciación de las sociedades tribales anteriores» (Berry; 1990: 131).

En las sociedades tribales-chamánicas, los ritos eran actos evocadores de la interrelación de todos los componentes de la comunidad terrestre. El proceso

educativo era un programa integral de vida: el adiestramiento técnico se unía a disciplinas psico-espirituales y a las responsabilidades sociales. Limitada al adiestramiento técnico y/o profesional y plegada a los relatos oficiales, la educación formal contemporánea palidece ante esta unificación de vida y educación.

Por ende, urge una educación que sea capaz de desarrollar la capacidad en los humanos de sentir su presencia mutua con toda la comunidad terrestre y de comprender la dinámica del universo según se manifieste mediante «nuestra comprensión empírica de los misterios de su funcionamiento» (Berry; 1990: 131). La universidad es la institución en donde la nueva narración del universo puede ser razonada y apreciada con sus implicaciones más profundas. En el artículo que incluimos en este número, Berry propone un programa de estudios universitarios para remediar lo disfuncional de los relatos oficiales contemporáneos. No se trata solamente de una lista de cursos, sino de una verdadera paideia cuyo contexto no es la polis, ni la nación, sino el universo mismo.

BIBLIOGRAFIA

Berry, Thomas, «Comments» en Brenes Castro, Abelardo, ed., Seeking the True Meaning of Peace: Conference Proceedings and Post-Conference Contributions, San José, Costa Rica: Universidad para la Paz, 1989.

Berry, Thomas, The Dream of the Earth. San Francisco, California: Sierra Club, 1988. Reimpresión, 1990.

White, Jr., Lynn, «The Historical Roots of Our Ecologic Crisis» Science Vol. 155, No. 3767, 10 de marzo de 1967, pp. 1203-1207.